



HERMANAS DOMINICAS

ENCUENTRO CON LAS PRIORAS

**ES
NUESTRA
HORA**

José María Arregi, ofm

León, noviembre 2007



PARA LA REFLEXION PERSONAL

- ✓ Ecos que te produce y suscita la lectura de este texto: acuerdo, desacuerdo, subrayados más importantes, algo que me toca más personalmente...
- ✓ ¿Coincide tu visión y misión concreta en tu fraternidad tal como las vas ejercitando, con lo que se muestra en este texto?
 - ¿De verdad, te parecen tiempos buenos los que vivimos?
 - ¿Buscas por encima de todo que las personas, tus hermanas, vivan, se desplieguen, se sientan “realizadas”?
- ✓ ¿Sacas de este apartado alguna conclusión para el ejercicio de autoridad? ¿Cuál? Intenta concretar.

Joxe Mari Arregi, ofm

1. ¡ES NUESTRA HORA!

1.1. “Tiempos apremiantes”.

Nuestro tiempo ha sido calificado por algunos, de “apremiante” y así es. Tiempo de cambios grandes, profundos y rápidos que afectan de forma directa en la percepción y vivencia de lo humano-cristiano-ecclesial-religioso, tal como lo percibimos cada día en nuestras calles y casas. Cambios, sobre todo, en el modo de percibir **lo religioso y lo de Dios**, a quien mucha gente nuestra deja en la cuneta, como algo innecesario, para seguir el camino sin contar para nada con El. Cambios, por ello, que afectan al modo de pensar sobre **la persona humana** (hombre o mujer que sea), su quehacer en la tierra, su apasionada búsqueda de la felicidad a toda costa y condenado por esta cultura de la superficie y del celofán a buscar con cada vez mayor ansiedad porque el tiempo es corto y no responde totalmente a las expectativas. Cambios

en la Iglesia, en el modo de situarse ante la nueva realidad, en sus insistencias y acentos; cambios sobre todo en cómo mucha gente nuestra percibe lo **eclesial** (¡en esa creciente y dolorosa desafección hacia todo lo eclesiástico que se percibe en muchos hermanos nuestros!).

Cambios, por lógica, y profundos **en el mundo de la Vida Religiosa**; a los superiores se les nota preocupados, con mucha buena voluntad, queriendo acertar con los caminos que hay que recorrer y con las mediaciones que sería bueno tomar, pero preocupados; la foto de muchas de nuestras fraternidades es la del anciano o jubilado que tiene una historia brillante, un presente cuestionado por dentro y por fuera y un futuro incierto; las fraternidades, así mismo, han mejorado su calidad de vida hacia dentro, pero la misión, el servicio a los hombres y mujeres, la presencia en ámbitos donde la gente pelea la vida, su sentido... de esas plataformas nos vamos retirando y a veces escapando y, sabemos que la VR sin misión no tiene ningún sentido; hemos ido creando ámbitos acogedores y hogareños (¡buena falta nos hacía!), pero hemos perdido intemperie, misión, presencia...; añadamos a esto esa dolorosa y cruel ausencia de nuevas vocaciones para nuestras Provincias y hace que el cuadro de la VR resulte preocupantemente elocuente.

“*Tiempo apremiante*”, se dice y con razón porque los datos y circunstancias en las que hacemos la VR nos hablan de ello. Esto hace parte del cuadro que nos toca ver y vivir y hay que tenerlo en cuenta al comenzar un Capítulo. ¡No son tiempos malos, pero sí son difíciles!

1.2. Tiempos buenos.

Para corregir lo anterior o al menos intentando

veces, oculta;

- dar encargos y tareas significativas para la persona de modo que pueda experimentar que realmente cuenta para los demás;
- por lo mismo, aprender a valorar las opiniones de los demás, saber escuchar y dialogar, recabar la opinión del otro, aunque me parezca que la sé o no va a añadir nada significativo;
- aceptar y amar a cada uno en su singularidad única, en su ser “diferente” (aunque a veces me hace hasta daño su diferencia) porque a la persona le hace mucho bien y a mí me hace crecer al abrirme a ámbitos más amplios que el mío personal...

Tantas cosas y tantas concreciones... Todas derivadas del amor concreto a cada uno y como consecuencia de nuestra voluntad de ser hombres y mujeres adultos, crecidos, desplegados... Ser personas vivas hoy, como siempre, requiere un arduo trabajo que nos lleva a todos al trabajo diario y humilde de comenzar cada vez. La vida es para gozarla, ciertamente, pero más allá es para entregarla. ¿Quién mejor que mi hermano/a para entregar mi pequeña potencia y energía vital?

experimentando personalmente, sugeriría estos trabajos:

- posibilitar y reforzar las personas desde sus centros “afectivos”, porque “lo afectivo es lo efectivo” como dicen. La afectividad nombrada, reconocida, desplegada y adultamente entregada es motor central del camino personal;
- por ello, cierto “*calor afectivo*”, calor de hogar, estima personal, mirada positiva a cada una de las personas; una mirada como la de Jesús: mirada salvadora y no juzgadora y descalificadora...;
- trabajo arduo y consciente de suspender todo juicio moral e incluso evaluativo de las personas y aceptación cordial de cada uno con *la mirada maternal* de un Francisco de Asís, por ejemplo (“...*te hablo, hijo, como una madre...*” CTaL);
- orar con sencillez diariamente por cada una de mis hermanas y no como una “tarea” pesada más, sino como parte y forma de mi vocación a ser hermana entregada por los demás;
- creer, al menos inicialmente, en las posibilidades de rehabilitación de cada persona y saber estar ahí, y esperar, y confiar;
- ayudar a algunas personas a un cambio en la autopercepción, de modo que se pueda llegar a una autoestima normal;
- aprender a “dar importancia” a todas y cada una de las personas, no solo por las cualidades que tienen y despliegan, sino porque toda persona encierra en sí misma una riqueza inmensa, a veces inadvertida, otras

completarlo, veo necesario decir también que nuestros tiempos **son tiempos también buenos**, porque son tiempos de Dios. “*Mi Padre trabaja siempre*” se dice en el evangelio (Cf Jn 5,17) y así sabemos que este tiempo es bueno porque ahí está trabajando Dios. Son tiempos que nos sorprenden porque no los habíamos imaginado, porque venimos de otras experiencias... pero ¿quién y por qué se dice que son tiempos malos?

Para el amor no existen tiempos malos, y una historia de amor es la que nosotros intentamos vivir y contar. El amor despierto, intenta abrirse camino entre dificultades y aprende a convivir y desplegarse con las circunstancias cambiantes, favorables o adversas, que le toca atravesar...

La nuestra en la Vida religiosa quiere ser una historia de un amor encontrado y ofrecido y que nuestras fraternidades intentan vivir, festejar y relatar cada día. Este amor se ha hecho maduro y no tiene ahora ni las expectativas ni las formas del que empieza, ni el fuego de la pasión de juventud, pero tiene lo que todo amor tiene siempre: sorpresa, atracción, admiración, estabilidad, seguridad, agradecimiento, entrega y esto es lo que tenemos que ir aplicando a los nuevos escenarios que nos toca experimentar.

Si no parece excesivamente voluntarista, **quisiera afirmar también con fuerza que nuestros tiempos son también tiempos buenos, muy buenos**, porque Dios se hace presente de otras maneras, porque el amor se manifiesta en mil formas nuevas; Dios no ha abandonado el mundo ni a su gente; es preciso aprender a percibirlo en otros ámbitos, menos sagrados, más seculares. Bien mirado, nuestro tiempo es tiempo de salvación, tiempo de gracia, de nuevos aprendizajes, de nuevas experiencias; este tiempo nos da la

posibilidad de ampliar nuestra lectura y vivencia de Dios, el Dios de Jesús, que siembra siempre sobre buenos y malos, que sigue pagando al de la última hora como al de la primera, que acoge siempre con ilusión al hijo que vuelve y lo abraza, un Dios cuya ilusión no es hacerse con más poder sobre el mundo, sino que lo que busca es que los hombres vivan y vivan abundantemente; un Dios a quien Jesús lo definió para siempre como el “Dios misericordia” (“*sed, pues, misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre del cielo*” (cf Lc 6,36)).

Son tiempos ciertamente malos para quien ha hecho de Dios y de la fe una ideología, un sistema de vida o un modo extático de entenderse... Pero son tiempos buenos para quienes han entendido que la vida es historia, y que esta historia está habitada por el aire fresco y tierno de la misericordia de Dios y para quienes han entendido y creen que el destino final es la vida resucitada, como la de Jesús, y para quienes creen de verdad que “*pase lo que pase estamos en manos de Dios*”.

Ciertamente, algunas formas de Vida religiosa y algunas formas de organizarnos en nuestras fraternidades sienten la amenaza de la supervivencia y corren el riesgo de la desaparición y extinción y seguramente tenemos que ir aprendiendo a saludar como gracia y a despedir algunas formas por caducas, por vacías, por irreales, por formalistas y faltas de contenido, por falta de experiencia y relato de amor o porque responden más a otros paradigmas; pero hay otras formas de Vida Religiosa que están de enhorabuena: aquéllas centradas en la experiencia central y frontal del encuentro con el Dios de Jesús que nos da, no seguridades, sino palabra y aliento para el camino; que nos pone en el camino a hermanos

mirarse para curarse (y curiosamente, cuanto más se miran, más se hieren, porque más se cierran...);

- personas hipercríticas de lo propio y ajeno, incapaces de aceptar lo real y faltos de una valoración normal y estimulante de la vida de los otros y, por ello, personas heridas e hirientes...
- personas...

¿Para qué seguir si todos nos conocemos en nuestras vidas? No es preciso nombrarlo todo porque sabemos muy bien a qué nos referimos. Lo que de verdad tiene interés es el posibilitar que ***las personas vayamos aprendiendo a vivir***,

- a manejar con soltura y confianza las diversas franjas de nuestras vidas regaladas y a eso hemos de dedicar nuestras mejores energías personales y comunitarias:
- a restaurar personas, a potenciarlas, animarlas, alentarlas... para que podamos hacer el recorrido de la vida, que al comienzo fue un “paraíso” con la agilidad y belleza con la que pensó el Creador.

2.3. ***Mediaciones.***

Una mirada así sobre las personas que hacemos la comunidad de seguidores de Jesús, da ciertamente respeto porque cada hombre es como “***un paraíso en marcha***”; por ello, el respeto debe traducirse también en trabajo amoroso para el crecimiento de la persona del hermano/a. ¿Cómo?

Desde lo que he ido observando en la vida y

2.2. Problemática.

Precisamente porque a la luz de la experiencia y de la nueva antropología que se va generando hemos re-descubierto estas metas, ahora nos damos cuenta con más claridad de las dificultades por las que vamos atravesando en orden a una verdadera humanización de nuestras vidas. Creo de importancia el hacernos conscientes de nuestras dificultades, nombrarlas y, en lo posible, trabajar para que poco a poco recorramos caminos de plenificación.

En este sentido, cabe señalar que entre nosotros existen algunas dificultades que las nombro muy genéricamente así:

- personas aplastadas por su propia auto-imagen negativa que les dificulta una auto-estima normal, con el consiguiente peso de una hiper- o hipo-agresividad;
- personas, por lo mismo, inseguras y dependientes bien de la ley, bien de la autoridad, bien de la valoración ajena (que todo ello viene a ser lo mismo);
- personas sin un recorrido afectivo normal que les dificulta relacionarse serenamente consigo mismas, con el entorno y con las personas, y por ello, de forma muy sutil e inconsciente, buscan apoyos y aplausos afectivos por todas partes y desmesuradamente (aunque lo nieguen);
- personas “acomplejadas” y “acongojadas” y sometidas permanentemente al “stress” de la valoración ajena;
- personas heridas por el peso de la vida y de las circunstancias, “volcadas y curvadas” sobre sí mismas depositando y revirtiendo toda su poca energía en

y hermanas, no los “religiosos” de siempre, los de mi entorno o de mi mismo modo de pensar, sino otros nuevos hermanos y hermanas con rostro nuevo, con color diferente, que vienen de lejos, de otras creencias...; un encuentro con el Dios de Jesús que nos da también un quehacer hermoso: el de ser entre los hombres y mujeres testigos y señales de una historia de amor y contarlo a los cuatro vientos con nuestra vida, con nuestra palabra, con nuestra presencia a veces callada y humilde, con nuestra oración agradecida, con nuestra lucha “*espalda con espalda*” a favor de los más empobrecidos...

Aquellos y aquellas que en su carta de identidad pueden mostrar estos signos están de enhorabuena, porque su fortaleza no está en las estructuras ni en su historia pasada gloriosa, sino en la confianza en Dios y su esperanza no se basa en las expectativas de un futuro mejor, en que las cosas irán mejor, sino en la promesa del Señor; y la apuesta no es la de asegurar, defender y fortalecer la estructura, sino que apuestan desde la humildad de cada persona y de cada día por dar paso a Dios y facilitar el Reino de Dios y lo que ello supone de acogida, de gratuidad, de paciencia y de amor. ¡Se acercan tiempos buenos para quienes, humildemente, quieren ser **testigos de una historia de entrega y de amor!**

3. Tres breves textos sobre la esperanza (para entonar)

- ▷ “*Nuestro tiempo es el tiempo mejor y el tiempo peor, es la hora de la sabiduría y la hora de la locura, es la época de los creyentes y la época de los incrédulos, es la estación de la luz y es la estación de las tinieblas, es una primavera de esperanza y un invierno de desesperación*” (Dickens)

- ▷ “Este tiempo es el nuestro, es el tiempo favorable de la salvación para nosotros: lo miramos con simpatía, con realismo, eliminando lo más posible exaltaciones sin fundamento, pero con una confianza de fondo, con esperanza y razonable optimismo. Porque este tiempo en el que construimos nuestra historia, pertenece al Señor; es animado por el Espíritu que mantiene vivos la Iglesia y el mundo; mejor dicho, toda la creación y el cosmos, los transforma sin cesar, los renueva y los guía hacia tiempos nuevos” (Herman Schaluck. *¿Qué animación en las comunidades religiosas en los tiempos post-modernos?*, UISG Boletín n° 112, 2000, 25 y ss).
- ▷ “La esperanza no es optimismo histórico, sino fiarse de la promesa de Dios. Jeremías ante la deportación compró unas tierras no porque no iba a ir a la deportación, sino porque cree que la última palabra la tiene Dios” (Javier Vitoria).

y autonomía ha enriquecido la relación. Las comunidades religiosas se han humanizado mucho. Los proyectos comunitarios, las asambleas en las que se dialoga, se debate, se discute, son expresiones de un nuevo modelo de comunidad en libertad que afirma los dones particulares, cree en ellos y cuenta con ellos.

Pero no es todo. Hay que afirmar también que el aire de la modernidad es también ambiguo. **Ha llevado, en ocasiones, a la hiper-modernidad, a la exageración de la libertad, al atascamiento por exceso.** Hasta el punto de que no pocos piden ya un nuevo cambio. porque existe el **riesgo de un individualismo libertario, un poco contrastado aburguesamiento, un exceso de planificaciones...** Nos colocamos, pues, entre una y otra verdad de modo que añoramos, quizá una mayor espontaneidad, más simplicidad de vida, una comunión que no sea atosigante, pero que evite al mismo tiempo todo «ir por la libre».

El reto, pues, es grande e inmensa nuestra vocación. Se trata de aprender a potenciar y alentar las personas para que libremente puedan entregarse; aprender a afirmarse, sin caer en una malsana compulsividad; ser, vivir, plenificar... Pero ¿puede darse todo esto sin la apertura al otro, al hermano, a Dios? Y más radicalmente: ¿se puede aprender a vivir sin morir? ¿a plenificarse sin negarse? Una vez más, es la paradoja del evangelio: “*quien quiera guardar su vida la perderá; quien la pierda por mí y por mi causa, la encontrará*”. Con tal que no lo entendamos como “voluntarismo”, sino como posibilidad plenificante, como una óptima oportunidad...

lugar y modo privilegiado de relaciones humanas, de participación activa, de corresponsabilidad, de apoyo y afectos mutuos, de auténtica caridad teológica: como el mejor servicio apostólico y el más auténtico testimonio evangélico.

Esto que, sin duda, es una conquista no deja, sin embargo, de crearnos problemas. De la potenciación de la persona y de su libertad en autonomía se ha llegado en algunos casos al individualismo. Pero ¿no era necesario un poco de este individualismo para contrarrestar el uniformismo y colectivismo precedentes? Sin duda entre forcejeos y bandazos, está llegando la deseada afirmación del “yo”, de cada una de las personas, la valoración de cada opinión, el respeto ante cada sensibilidad...

Necesitamos afirmar con énfasis y con fuerza: ***lo más valioso de la vida religiosa son sus personas: irrepetibles, originales, agraciadas con carismas y dones únicos, sorprendentes, llenos de posibilidades...*** Y a la vida religiosa, a la comunidad de hermanos/as, le corresponde la tarea de descubrir y después desenterrar dichos carismas y posibilidades.

Y este presupuesto de la autonomía y libertad ha dado un nuevo rostro a las relaciones interpersonales. El paso ***de la «vida común» a la «vida en comunión»*** ha traído complejidad, tensión, pero también gozo, imaginación, lazos creativos. Ahora se habla de amistad sin complejos. Se asumen los riesgos de la interpersonalidad. El diálogo de ideas, de sentimientos, de fe, va poco a poco creando comunidades que quieren ser *con-cordes y un-ánimes*, al estilo del mito de la primera comunidad cristiana. La comunión fraterna ha dado un gran paso hacia adelante. El crecimiento en libertad

2. PARA POSIBILITAR PERSONAS VIVAS.

2.1. *Lo que se quiere indicar.*

Definimos aquí como ***“persona viva”*** aquella que, aun en medio de las múltiples contradicciones y dificultades de la propia existencia, ha encontrado el modo de ser ella misma desplegando toda la potencialidad psico-afectiva a la que es llamada. No es perfecta, no; pero acercándose a ella da sensación de cierto vigor, de fuerza, de sentido, de libertad, de integración...

Más que definirla habría que describirla: son tantos hombres y mujeres que viven en nuestras fraternidades y tienen criterios sólidos por los que se mueven, se hacen respetar porque ***tienen “columna vertebral”***, con una aceptación normal de su ser y hacer, de una afectividad oblativa capaz también de solicitar ayuda y calor, con un normal desarrollo de la responsabilidad, sin que ésta llegue a ahogar a la persona en un rígido voluntarismo, desarrollan creativamente sus potencialidades y virtualidades, saben gozar de la vida y de lo que ella regala, sabiendo al mismo tiempo “contener el dolor” que la vida y las personas provocan; guardan y viven de un modo un equilibrado los diversos componentes de la vida religiosa: espiritualidad, relación-fraternidad y misión; esta persona viva es libre, no está permanentemente pendiente de su “imagen” porque ha adquirido una autoestima normal; por ello, es comunicativa y abierta porque no “teme”; respeta las normas del grupo o de la comunidad, pero sin atarse a ellas de forma servil de forma que despliega su propia autonomía e independencia contando con la presencia de los “otros” y

por ello es libremente dependiente...

Estas son las personas que nuestra vida comunitaria quiere posibilitar y potenciar, porque así lo quiere Dios mismo. Dios es “*el amigo de la vida*”, el que “*nombra a cada uno por su nombre*”. Esta persona viva que queremos potenciar tiene como prototipo a Jesús mismo, el “*hombre nuevo*”, el *resucitado, el totalmente desplegado*; y a eso se dedicó Jesús con toda su energía: a potenciar personas, a restaurarlas de sus deterioros físicos, psíquicos y morales, a desplegar personas en su sentido integral. Cada uno de nosotros somos ahora convocados a este despliegue total y nuestras fraternidades son el lugar privilegiado para este “*ejercicio de hacerse personas*”.

Este tipo de “persona viva” ha sido solicitada, no lo podemos olvidar, por la llegada de la Ilustración, de la Modernidad, a la Iglesia; y ello ha afectado de una manera decisiva a la concepción de la vida religiosa. La Ilustración, aun reconociendo sus riesgos y defectos, ha posibilitado esta mentalidad que consiste en *tener la osadía de emplear la libertad, de crecer autónomamente*. Persona viva es quien renuncia a vivir permanentemente bajo tutelajes, quien se emancipa para ser el protagonista de su propia existencia.

La modernidad se caracteriza por este tipo de madurez humana, en el que la sociedad y la persona se emancipan de todo aquello que les impide el ejercicio de su autonomía, como podían ser tradiciones intangibles, dogmas incuestionables, costumbres morales impositivas, autoridades absolutistas. La modernidad ha entronizado el poder de la razón instrumental, del protagonismo del instrumento científico-técnico.

Este aire de la modernidad, especialmente en el estilo

de formación y de gobierno en nuestras Provincias así como en las relaciones interpersonales en nuestras fraternidades ha favorecido *la sana auto-afirmación, el respeto a la persona y a su conciencia, la racionalidad en los proyectos de misión*. Hoy sí nos sentimos mucho más libres y podemos describir nuestras *comunidades y grupos -en general- como «ámbitos de libertad»* y de crecimiento personal. La persona no queda absorbida por la colectividad o al menos ese es el intento (no siempre ni en todas partes logrado).

Como muestra de esta voluntad en la vida religiosa de potenciar las personas, he aquí sintéticamente las tendencias actuales dentro de la VR. Los indicadores de las tendencias de la vida religiosa señalan que la VR globalmente tomada camina acentuando estos valores:

- a) Interés por la *persona humana*. Deseo de restaurarla en su primacía y en su dignidad, y de asegurar su desarrollo integral: ser más bien que parecer.
- b) Deseo de ver la institución subordinada y puesta al servicio de *la persona, la comunidad* de vida y de *testimonio evangélico*.
- c) Preocupación por conseguir *la unidad en la vida* y necesidad de eliminar toda dicotomía entre el plano teórico y el existencial.
- d) Deseo de *autenticidad* y de *sinceridad* en el encuentro con Dios y en los compromisos personales.
- e) Tendencia a *buscar a Dios* a través de lo creado y de *lo humano*, sobre todo en las relaciones interpersonales.
- f) Aspiración a *crear comunidad* que sea a la vez,